

Revisión crítica de la construcción de la región Huasteca en el Proyecto Nacional de Etnografía. Aciertos y tropiezos de un proyecto etnográfico

Israel Lazcarro Salgado* / Karina Munguía Ochoa**

ISSN: 2007-6851

p. 189–p. 207

Fecha de recepción del artículo: mayo de 2019

Fecha de aceptación: febrero de 2020

Título del artículo en inglés: *Critical Review of the Huasteca Region's Construction in the National Ethnography Project. Successes and Stumbles of an Ethnographic Project.*

Resumen

Reseña y revisión crítica de dos obras del Programa Nacional Etnografía de las Regiones Indígenas de México, que se abocaron al registro etnográfico de las mismas “regiones indígenas”. Como en otras obras pertenecientes al proyecto, se pone en evidencia algo más que un traslape, la caótica implementación de categorías y síntesis conceptuales de orden antropológico, donde se advierte la inercia de tradiciones discursivas legadas por la historiografía y los usos administrativos.

Palabras clave: etnografía, indígenas, huasteca, crítica, región.

Abstract

Critical assessment of two works presented by the National Program of Ethnography of the Indigenous Regions, both of them focusing on the ethnographic records of said “indigenous regions”. Like other works produced by the Project, these texts manifest something beyond mere overlapping: more likely, a chaotic implementation of anthropological categories and conceptual synthesis. This will enable us to notice the inertia of discursive traditions handed down by historiography and bureaucratic uses.

Keywords: ethnography, indigenous populations, Huasteca, critique, region.

* Centro INAH Morelos (israel_lazcarro@inah.gob.mx).

** Posgrado en Ciencias Humanas, El Colegio de Michoacán (blennkable@gmail.com).

Desde sus orígenes, en el Proyecto Nacional de Etnografía de las regiones indígenas de México, el equipo “Huasteca” –entonces coordinado por Julieta Valle– debió enfrentarse a un desafío teórico, conceptual y metodológico que por entonces muchos de los investigadores que integraban el proyecto prefirieron eludir: la región. Si bien la propuesta inicial del proyecto giraba en torno a los “pueblos indígenas”, quizá la necesidad de afianzar presupuestal e institucionalmente la investigación terminó por impulsar el enfoque regional (al menos en la denominación del proyecto etnográfico), asumiendo el carácter *a priori* de las regiones indígenas. Fueron pocos los equipos regionales que se conformaron en función de una región analíticamente construida, y no a merced de criterios de orden administrativo –que, en cambio, sí lograron imponerse en otros casos dando origen a equipos “regionales”, en realidad estatales–. Así, por contradictorio que parezca, en el caso de la Huasteca algunos municipios, los mismos pueblos y los grupos etnolingüísticos fueron abordados por distintos equipos regionales en virtud del reconocimiento de la existencia de una región Huasteca al interior de sus límites estatales: caso de Veracruz, Hidalgo y Puebla. Más allá de asumir la existencia de regiones dentro de los estados, su postulación obedeció más a convenciones discursivas y ventajas expositivas, que a una auténtica problematización. Esa tensión entre etnografías relativas a pueblos indígenas ubicados *en regiones*, y etnografías *sobre regiones*, acompañó al proyecto sin nunca resolverse. Así se advierte en el caso del equipo regional Puebla (coordinado por Elio Masferrer) que desapareció del proyecto para luego convertirse en equipo Sierra Norte de Puebla (coordinado por Saúl Millán) y cuyos límites con la Huasteca, sin embargo, nunca se precisaron.¹ Años después el equipo Huasteca se escindió entre norte y sur, configurando a la Huasteca sur como una subregión definida entonces bajo criterios de índole ritual. En general, la formación de equipos regionales en el contexto del proyecto respondió a motivaciones de muy diversa índole, donde la experiencia etnográfica también hizo su parte.

Ciertamente no existe un “estado Huasteca” en la federación, lo que en sí ya es significativo. Ello pese a que desde principios del siglo XIX hubo abiertos intentos de las élites mestizo-criollas de Tampico, Pánuco y Tuxpan por conformar un estado soberano, buscando incluso independizar el denominado “estado de Iturbide” al modo en que lo había hecho Texas, intento que evidentemente fracasó (Escobar, 1998; Kourí, 2002). Significativamente, el histórico enfrentamiento por el control administrativo y jurisdiccional de la Huasteca se proyecta en disputas académicas entre antropólogos e historiadores por definir cuáles serían los límites y características de esta presunta *región*; sobre todo cuando la Huasteca, Sierra Norte de Puebla y Totona-

1. No se creó ningún equipo Tamaulipas ni San Luis Potosí, pues se comprendió que el equipo Huasteca podría dar cuenta de las poblaciones indígenas que ahí habitaban (sobre todo en el caso potosino, pues en lo que respecta a la Huasteca tamaulipeca, se considera que tras su aniquilamiento y persecución, ya no hay poblaciones indígenas ahí, salvo migrantes de otras partes del país). Tal es la complejidad etnográfica del área, misma que se tradujo en una multiplicidad de miradas al interior del mismo Proyecto Etnografía, dando como resultado un sinnúmero de textos correspondientes a cada uno de los equipos de investigación involucrados. Por razones de espacio y análisis, no podremos dar cuenta de los matices y problemas que cada equipo enfrentó alrededor de la Huasteca. Aquí nos limitaremos tan sólo a ciertos textos del equipo Huasteca coordinado por Julieta Valle (previo a su escisión entre norte y sur) y del equipo Hidalgo, coordinado por Lourdes Baez.

capacitan no sólo se presentan en la literatura antropológica como *regiones culturales* por derecho propio, sino que el mismo Proyecto de Etnografía avaló algunas de ellas como regiones de estudio en tanto que son *regiones indígenas* de realidad inobjetable. No obstante, la misma literatura revela enormes diferencias en torno a lo que habrá de entenderse como *Huasteca*, ya no digamos sus características o contenidos, sino incluso sobre sus alcances espaciales.

Entre los muchos textos que se produjeron en el contexto del Proyecto Etnografía, hemos querido partir de los *Atlas etnográficos* producidos por cada equipo regional, como pequeñas “ventanas” hacia los principales problemas de orden teórico-metodológico que arrastró el proyecto en relación con la *región*. Por entonces los equipos habían redactado diversos ensayos relativos a la organización social, la identidad étnica o la territorialidad. Pero la región seguiría siendo más un *a priori* de la investigación, y nunca una teoría sometida a demostración; la tesis que postulaba estudiar *en regiones* se mantuvo imperturbable. Con los *Atlas*, sin embargo, los coordinadores se vieron llevados a explicitar de la mejor manera posible los ejes desde donde cada equipo estaría construyendo su enfoque regional. No fue un objetivo explícito de las obras, pero ocurrió. Y es eso lo que estas breves líneas buscan discutir: tratándose de obras colectivas de divulgación y sabiendo que el problema de la región no figuró entre los principales objetivos de análisis, con todo, los textos introductorios y la concepción general de cada volumen demuestra –de manera implícita, a veces por omisión– los referentes y paradigmas conceptuales que en cada caso animaron no sólo su creación y diseño, sino que muestran también las inquietudes y características de los abordajes con que los coordinadores de equipo operaron en sus respectivos ensayos etnográficos. Resulta interesante advertir esas distintas estrategias con que se construyen *regiones indígenas*.

Hemos querido empezar con el *Atlas etnográfico. Los pueblos indígenas de la Huasteca y el semidesierto queretano*, coordinado por Julieta Valle, Beatriz Utrilla y Diego Prieto (2012), precisamente porque es uno de los pocos volúmenes de este proyecto que plantea una regionalización que no se ciñe a fronteras administrativas, sino que incluso ofrece una interpretación, acaso una propuesta de lo que habrá de entenderse como *región*. Tan sólo el título, ya pone en relación dos categorías al insertar un criterio ecológico, el semidesierto, en su comprensión regional.² Conviene empezar por aquí para contrastar sus problemas con el ejercicio emprendido por otros investigadores al interior del mismo Proyecto de Etnografía en torno a casi las mismas áreas de estudio, como fue el caso de *Atlas etnográfico. Los pueblos indígenas de Hidalgo*, coordinado por Lourdes Baez y su equipo de investigación, al que corresponde precisamente la porción hidalguense de la Huasteca –desde Huayacocotla a Huejutla, con población mayormente nahua–,

2. De este grueso volumen, compuesto por 27 capítulos, 26 recuadros etnográficos y una veintena de autores, nos vamos a concentrar tan sólo en los “estudios básicos”, toda vez que es ahí donde los coordinadores formularon los criterios que habrían de determinar la composición del volumen.

frente a la cual la misma coordinadora distingue de la Huasteca sur, la franja oriental colindante con Puebla y Veracruz a la que “se conoce como región otomí-tepehua” (Baez *et al.*, 2012: 17).

La sola existencia de estos textos, desde su planeación y contenidos, nos advierten ya sobre los graves problemas de orden teórico y metodológico que atravesaron al Proyecto de Etnografía: el peso de las fronteras estatales y administrativas, el papel de la historia y el lugar de la lengua en la conceptualización de la cultura. Pese a ser una empresa académica colegiada, es evidente que los investigadores rara vez fueron permeables a perspectivas ajenas a la suya.

De entrada, la Huasteca como constructo ha estado sujeta a constantes (re)definiciones a lo largo del tiempo. La Huasteca no ha sido la misma para religiosos, instituciones coloniales, académicos o para el Estado moderno. En este sentido, la Huasteca –o las Huastecas– se ha caracterizado como *región* a partir de criterios diversos, sumamente generales: geográficos, culturales, históricos, lingüísticos, arqueológicos, políticos, estatales, entre otros. Al privilegiar alguno de ellos, se proyecta una imagen que sin matices suele parecer definitiva, naturalizada (y un tanto incuestionable), del espacio y sus rasgos, evocando la supuesta existencia de límites que podrían ser naturales y/o culturales como su razón de ser (Escobar, 1998). Mas, como el propio Eric van Young advirtió, la *región* es “una hipótesis a demostrar” (Van Young, 1987: 257). Lo cual puede resultar harto difícil dependiendo de los filtros que habrán de aplicarse en cada caso. Así, mientras que *Huasteca* ha sido el área específica habitada por pueblos de habla tének o huastecos, del mismo modo que los totonacos habrán de definir al “Totonacapan” (Ochoa, 1989; Gatti y Chenaut, 1987), para otros investigadores se trata de un área cultural en la que convergen diversos grupos etnolingüísticos en función de algún rasgo folklórico compartido: desde el huapango y el zacahuil, hasta los morrales de zapupe. Fue a partir de las fuentes coloniales y de los estudios arqueológicos y antropológicos del siglo XX realizados en ese corredor terrestre ubicado entre las montañas de la Sierra Madre Oriental y el Golfo de México, que los estudiosos de la Huasteca han convenido en asumir a los ríos Soto la Marina por el norte, y Czones al sur, como sus límites geográficos. Un área que se corresponde con ciertas porciones de los actuales estados de Tamaulipas, Veracruz, San Luis Potosí y llega a extenderse a Querétaro, Hidalgo y Puebla, aunque nunca abarcándolos por completo.

Lo cierto es que a partir de esta delimitación geográfica, algunos autores de la primera mitad del siglo XX hablaron de la añeja presencia de una sola “cultura dominante” en la región: los huastecos o tének, que entraría en contacto con otros pueblos, en especial los mayas y los mexicas (Meade, 1952; Ochoa, 1979). Por entonces, los contactos con los pueblos chichimecas y negros resultaron relevantes únicamente para dar cuenta de formas sociales “menos desarrolladas” y con ello determinar las claves del desarrollo cultural mesoamericano, o en palabras de Joaquín Meade: si “la alta cultura sedentaria de Mesoamérica surgió por evolución o llegó de fuera”. Por su parte la arqueología se abocó a demostrar los desplazamientos humanos de norte a sur, acreditando la influencia huasteca (al menos cerámica) en el occidente mexicano (Meade, 1952). Dependiendo del filtro, a veces *Huasteca* ha incluido a los pueblos totonacos (cfr. Sevilla, 2000;

Heiras, 2006; Trejo *et al.*, 2014), y otras veces los excluye (Sandstrom y Sandstrom, 1986: 302; Valle, 2003a; 2012). A veces se incluye a los nahuas de la Sierra Norte de Puebla (Stresser-Péan, 2011; Sevilla, 2000), y otras tantas no figuran (Valle, 2003a; 2012; Trejo *et al.*, 2014). Tratándose de las “culturas de la costa del Golfo”, el mismo Alan Sandstrom excluye a los otomíes (y no a los nahuas), toda vez que si bien algunos habitan “dentro de las fronteras de la costa del Golfo”, el grueso de su población se concentra en las tierras altas de la sierra oriental de Hidalgo (Sandstrom, 2000: 83). En otros casos el mosaico interétnico nahua, tepehua, otomí y totonaco, que se apiña al sur del río Tuxpan –lo que ha sido enunciado como “Huasteca sur”–, para algunos investigadores no parece formar parte de la Huasteca, sino que se le considera como parte de la Sierra de Chicotepec, la cual se califica como periférica (como hace Ariel de Vidas, 2009: 22). En lo que respecta a los pueblos nahuas y otomíes ubicados en la sierra oriental de Hidalgo, éstos a veces se consideran como parte de la Huasteca (Valle, 2003a; Galinier, 1990; Baez *et al.*, 2012), las demás veces no (Sevilla, 2000). La misma Sierra de Hidalgo (la Sierra de Tutotepec, o Sierra Otomí-Tepehua), en ocasiones se funde con la Sierra Norte de Puebla (Galinier, 1990) y ambas se presentan como subregiones de la misma Huasteca (Stresser-Péan, 2011).³

Ciertamente esta “indefinición” respecto a la ubicación y características de la Huasteca hace eco de las valorizaciones locales que definen la región bajo parámetros variables, en función de las altitudes e índices étnicos. Por su parte los especialistas, etnógrafos y antropólogos, calladamente asumen pisar terreno huasteco sosteniendo en sus etnografías un término que parece ser más significativo para las élites mestizo-criollas que muestran auténtico fervor por su terruño, que para los mismos pueblos etnografiados. Esta indefinición se reproduce al interior de los círculos académicos e institucionales, de lo cual es evidencia clara la atropellada producción académica del Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México. A este respecto llaman nuestra atención los intentos de regionalización que tras haber privilegiado un criterio sobre otros (sean “etnias”, “lenguas”, “geografía”, “modos de producción”), su recorte súbitamente termina convirtiéndose en definitorio de “lo indígena” (de modo que usar una lengua, un morral o sembrar maíz, son índices de *indianidad*), de forma tal que *Huasteca* se convierte en una *región indígena* por obra y gracia de las asociaciones metonímicas.

Sin embargo es a todas luces en el *Atlas* dedicado a la Huasteca, donde encontraremos mayor problematización regional. Entre sus capítulos iniciales –donde se formula el carácter general de la obra–, ciertamente el paisaje y la historia tienen un papel decisivo aunque no determinante –algo que Julieta Valle reiteró en los ensayos etnográficos por ella coordinados–. Desde las primeras páginas del volumen *Los pueblos indígenas de la Huasteca y el semidesierto quereta-*

3. Ciertamente las fronteras político-administrativas también suelen imponerse a los criterios de regionalización, como es el caso evidente de la Sierra Norte de Puebla (incluida en el volumen *Los Pueblos Indígenas de Puebla. Atlas etnográfico*, en el contexto del Proyecto de Etnografía; Masferrer *et al.*, 2010), mientras que en otras ocasiones un municipio en particular termina convirtiéndose en definitorio de una región más amplia, como es el caso de la Sierra de Huayacocotla que para Julieta Valle incluye a todos los municipios vecinos (Valle, 2003a). Es curioso que suelen ser los mismos municipios que otros han identificado como Sierra de Chicotepec (Gómez, 2002).

no. *Atlas etnográfico*, no deja de advertirse que *región* tiene aquí un valor heurístico, a merced de la mirada y los intereses del investigador que le utiliza: “Una región indígena no es un territorio, ni una región cultural, ni un sistema socio-económico o político; sin embargo, cabe admitir que es ante todo una construcción heurística que, como cualquier otra, se establece de modo sesgado y acaso hasta arbitrario” (Valle, Prieto y Utrilla, 2012: 15). De esta manera la perspectiva regional que presenta no apuesta por una visión totalizante ni definitiva: “No se espere, pues, que la presente reflexión establezca verdades inamovibles o un método de análisis o clasificación incontrovertible” (*idem*).⁴ De hecho ya desde la introducción al volumen y en uno de los “estudios básicos” introductorios, la autora se cuida de no emplear *Huasteca* sin su correlato histórico, de modo que una y otra vez se refiere al “noreste mexicano” como una porción del territorio nacional que se perfila más como un *problema* que como una *región*: al noreste del país, dos entidades (Nuevo León y Tamaulipas) se reputan por ser las que menos componentes indígenas conservan (según los criterios estatales y excluyendo a la población migrante).

Será en función de esa ausencia que se problematizó la Huasteca, entendida justamente en relación a ese presunto vacío étnico nororiental, y con respecto al cual la Huasteca parece ofrecer un agudo contraste. Será a partir de ahí que se definieron los contenidos de todo el volumen para dar cuenta del abigarrado mosaico pluriétnico que se tejió en relación a esos pueblos nororientales hoy mayormente desaparecidos (tamaholipas, seminolas, pisonos, guachichiles, olives, marihuanes y pames, entre otros), nómadas y seminómadas agrupados bajo el membrete de “chichimecos” y que el proceso colonial casi aniquiló. Así pues, en principio el volumen *Atlas etnográfico* relativo a la Huasteca y al semidesierto queretano se desarrolla en función del “territorio” definido precisamente por su condición de “frontera” con los pueblos nómadas y seminómadas:

La Gran Chichimeca es [...] el referente que configura esta región como gran ausencia contemporánea, pero a la vez como espectro omnipresente de un pasado virtualmente desconocido, de tempranas ocupaciones mayanses y de parentela caribe, incursiones otomíes, primero espontáneas y luego dirigidas por el régimen hispánico, de casi siempre fallidas tentativas de sometimiento de la Triple Alianza (Valle *et al.*, 2012: 27).

4. Baste revisar los ensayos: “Hijos de la lluvia, exorcistas del Huracán: el territorio en las representaciones y las prácticas de los indios de la Huasteca” para la línea *Diálogos con el territorio* (Valle *et al.*, 2003a); “Reciprocidad, jerarquía y comunidad en la tierra del trueno (la Huasteca)” (Valle *et al.*, 2003b), para la línea sobre estructura social y comunitaria; o bien “Fuimos campesinos... somos macehuales. Aristas de las identidades étnicas en la Huasteca” (Valle *et al.*, 2005) para la línea de relaciones interétnicas e identidades indígenas.

Tal es su carácter de “bisagra” que, según los coordinadores, caracteriza a la Huasteca desde tiempos prehispánicos, escenario de constantes intercambios entre poblaciones agrícolas y seminómadas, a veces violentos, sobre todo desde 1550 cuando se desató la Guerra Chichimeca.⁵ Sin embargo el texto inmediatamente posterior, escrito por Diego Prieto y Beatriz Utrilla, parece dar por sentada la existencia de una *región* definida básicamente en función de una interacción histórica fundante, algo que se reconoce desde el título del texto: “Amalgama de culturas: la región chichimeca otomí del semidesierto de Querétaro y Guanajuato”. Si bien conviene en la tesis de la frontera, los autores se pliegan a lo que parece una definición más convencional: “En esta frontera se identifica un territorio étnico llamado región chichimeca otomí del semidesierto de Querétaro y Guanajuato [...]” (Prieto y Utrilla, 2012: 51). El acto fundante de esta región sería de orden histórico y geopolítico –de origen colonial–: “la región chichimeca otomí del semidesierto de Querétaro y Guanajuato se vincula con la gesta de colonización de los otomíes sobre los territorios chichimecas en el siglo XVI” (*ibidem*: 52).⁶ De modo que la tesis de una región chichimeca otomí del semidesierto de Querétaro y Guanajuato es hasta cierto punto contradictoria con lo expuesto atrás por Julieta Valle, toda vez que el carácter de frontera parece esfumarse en favor de los territorios étnicos.

Cierto es que desde hace cientos de años, distintos pueblos –en los que se reconocen las familias lingüísticas mayenses, totonacanos, yutonahuas y otopames– se extendieron sobre estas tierras bañadas por el mar golfino y cercadas al oeste por la Sierra Madre Oriental. Pese a la abundancia de accidentes geográficos, el corredor entre norte y sur fue testigo de estrechos vínculos con diversos pueblos del altiplano, interacciones que Julieta Valle define como “periferias internas” –como pueden ser la Sierra Gorda queretana, la Sierra de Tutotepec o la Sierra de Metztlán–.⁷ Al respecto, el *Atlas* está provisto con una diversidad de mapas que son de gran utilidad pues en ellos se advierte bien la miríada de interacciones que cruzan el espacio y la complejidad subyacente.⁸ Se trata de un mosaico diverso, acaso “un galimatías” inconmensurable: “Sería inútil intentar un esbozo de la región durante el periodo colonial. En definitiva, salta a la vista una colección de procesos inconmensurables entre sí” (Valle *et al.*, 2012: 42).

5. Dicha guerra permitió el avance de los colonos españoles hacia la porción central del continente, sirviéndose para ello de poblaciones de habla otomí que consolidaron así su avance hacia las intrincadas serranías de Querétaro y Guanajuato, en detrimento de los pames y chichimeca jonaz, que se mantuvieron en resistencia atrincherados en la Sierra Gorda hasta mediados del siglo XVIII, cuando finalmente fueron casi aniquilados (Powell, 1977 [1975]; Soustelle, 1993).

6. Se aduce que fueron los otomíes quienes implantaron su dominio sobre pames y jonaces, dejando su huella histórica y lingüística sobre territorios e identidades, sobre todo al convertirse en cabeza de turco para el proceso de evangelización católica y el proceso de sedentarización de la Chichimeca, lo cual tendría clara repercusión incluso en los límites territoriales una vez que se fundó el México independiente: “La intensificación de la agricultura en la región coincide con el momento en que se plantea la definición de límites territoriales entre los estados, por lo que se busca tener relevancia económica como territorio, con el fin de ubicarse en una mejor posición de defender los límites ante los estados vecinos de Michoacán, Guanajuato, México, Hidalgo y San Luis Potosí” (Prieto y Utrilla, 2012: 64).

7. Esas “periferias internas” son porciones intermedias bajo el dominio de “indios indómitos y rebeldes”, que sin embargo sólo son *periferias* desde la perspectiva del centro económico y político radicado en el Altiplano Central novohispano y republicano.

8. Aunque podremos constatar cómo, pese a que dichos mapas suelen abarcar por completo el territorio hidalguense así como la porción norte del estado de Puebla, rara vez se hace referencia explícita en ellos tanto al Valle del Mezquital como a la Sierra Norte de Puebla, quizá por considerar que son materia de otros equipos regionales.

Sin embargo, en el resto del volumen la Huasteca se define como una *región indígena*, en tanto que alberga un alto porcentaje de dicha población en los municipios que se presume, pertenecen a dicha región. Pese a la perspectiva histórica, no hay referencias etnográficas sobre la presencia de pueblos de origen africano, en tanto que el factor lingüístico se impone en pos del carácter *indígena* de la región. Proceder que, a fin de cuentas, es análogo al emprendido por la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, en su propia versión de las “regiones indígenas” (CDI, 2006: 7-9), donde se incluyen y excluyen municipios de estas regiones, según satisfagan dichos criterios: porcentajes de hablantes, vías de comunicación, trayectoria histórica, etcétera. Lo anterior resulta un tanto paradójico, pues la complejidad interétnica, delineada en la introducción del *Atlas*, termina por sujetarse a las etiquetas étnicas ligadas a la lengua. Así se presentan una serie de ensayos organizados precisamente en función de cada grupo etnolingüístico, empezando por los tének o huastecos, en quienes se reconoce de inmediato un problema metodológico: dos variantes lingüísticas, la potosina y la veracruzana, pertenecientes a pueblos que desde hace mucho han perdido contacto (teniendo como barrera el río Santiago), al punto que no puede tratarseles como un sólo grupo etnolingüístico (Hernández y Valle, 2012).⁹ Con todo, el texto evoluciona dando cuenta de los dos grupos identificados bajo el mismo membrete, advirtiendo en cada caso qué datos corresponden a ambos o sólo a alguno de ellos, toda vez que al final subsiste una territorialidad común, el *teenek tsabaal* o “tierra de los teenek”. Algo semejante ocurre con los otomíes, sean los *ñöñhö* y *ñäñhö*, pueblos ubicados “en diversas regiones del país, desconectados entre sí, separados por distancias geográficas, administrativas, políticas, e incluso lingüísticas, que difícilmente permiten considerarlos una sola configuración étnica” (Utrilla y Heiras, 2012: 109-110). El caso se complica más aún en el caso de los chichimeca jonaz, los *ezar*, toda vez que “si se sigue la tradición antropológica de nombrar a los grupos étnicos por el término de la lengua que hablen, se cometería un error al considerar chichimecas a los indígenas de esta región guanajuatense, ya que en el grupo se denominan *uza* y en plural utilizan la palabra *ezar*, que significa indígena e indígenas, respectivamente” (Ferro, 2012: 130).¹⁰ Por su parte, el resto de los pueblos chichimecas, tanto de Querétaro como de Guanajuato y hablantes de otomí, “se asumen como descendientes de los “abuelitos mecos”, que es la manera como se refieren a sus ancestros chichimecas” (Prieto y Utrilla, 2012: 57). El criterio lingüístico de pronto estorba más de lo que ayuda.

Teniendo por eje la lengua, cada uno de los ensayos que componen el *Atlas* explora los viejos tópicos clásicos de la antropología: organización social, ritual y economía. Ciertamente los

9. Julieta Valle discute este punto en el texto “¿Una etnia y dos dialectos?” y concluye: “Así no existen los huastecos (o teenek) como unidad, y ni siquiera se puede sostener que haya un grupo etnolingüístico indiferenciado. Tratarlo pues, como conjunto es incorrecto, máxime ante la contundencia de las especificidades culturales e identitarias documentadas ampliamente [...] si ellos dicen que no son lo mismo, hay que hacerles caso y ser siempre precisos al referirse a los teenek aclarando si son de San Luis Potosí o de Veracruz” (Hernández y Valle, 2012: 82-85).

10. En este caso *ezar* “es un vocablo genérico que se usa para llamar a todo indígena y no propiamente como una autodenominación del grupo”, aunque en el caso de los habitantes de San Luis de la Paz, tienen claramente por despectiva la expresión “chichimeca jonaz” (Ferro, 2012: 130).

coordinadores organizaron los textos de un modo didáctico: los textos, elaborados entre una veintena de autores, empiezan con los estudios básicos consagrados a la historia, a los grupos etnolingüísticos, a la organización social y comunitaria, para dar paso después a los ensayos temáticos divididos entre aquellos relativos a la economía y la cultura material, a la cosmovisión y la ritualidad, y finalmente aquéllos enfocados en procesos de cambio y transformación de las tradiciones. Se percibe el hilo histórico que teje estos apartados, brindando soporte a una propuesta global de *región*.¹¹ Se destaca el modo en que, a partir de ciertos rasgos de la organización política y social, las formas de subsistencia, o bien la cosmovisión y ritualidad, se coligen ciertas continuidades donde se afianza la diferencia étnica: entidades divinas, como *Muxi'* para los tének; las capillas oratorio de patrilineaje entre los otomíes, o bien, la referencia a una identidad *macewalmej* que los nahuas evocan para distinguirse de los *coyomej*, los mestizos, frente al término *mexcatl* que los mismos usan para distinguirse de aquellos hablantes de otras lenguas indígenas. Todo lo cual son patrones que ofrecen cierto asidero étnico y un punto de apoyo a los capítulos del *Atlas*. Ciertamente estas etnografías podrían servir en su conjunto como una cantera de conceptos y rasgos focales desde donde aprehender la Huasteca como una *región* de estudio. No obstante, quizá la necesidad de abordarla en función de su condición fronteriza con respecto a la Gran Chichimeca podría explicar por qué los coordinadores decidieron eliminar, en los capítulos elaborados por grupo étnico, a los pueblos de habla totonaca que habitan al sur de la región. De ellos no hay siquiera un recuadro, aun cuando aparecen aquí y allá a lo largo de la obra. Al parecer, los autores juzgaron que los totonacos *pertenecen a otra región* (presuntamente, la Sierra Norte de Puebla) a pesar de no haber alguna consigna definitiva sobre los límites o alcances de la región.

El criterio utilizado efectivamente mira hacia el norte, en pos de la frontera. El *Atlas* para la Huasteca y el semidesierto queretano revela así una problematización que no sólo busca dar cuenta de las interacciones históricas entre poblaciones de habla nahua, otomí, totonaca, tepehua, tének, chichimeca jonaz y pame, sino que permite aquilatar la circulación de productos agrícolas y mercancías pertenecientes a entornos ecológicos sumamente diversos, y que son hasta nuestros días marcadores regionales. Ya se trate del auge de cultivos comerciales –como la caña de azúcar–, ciertos usos gastronómicos –como el chile–, o la presencia –o ausencia– del Consejo de Ancianos y mayordomías, a través de la frontera se observan las respuestas diferenciadas en un espacio multiétnico forjado a través de conflictos, rutas comerciales, migraciones, actividades productivas y epidemias que ciertamente transformaron el paisaje, a veces en formas radicales. De modo que sin ser definitoria, la diversidad ecológica sí es un criterio constitutivo de esta región “bisagra”: sierra, llanura costera y tierras bajas han marcado, acaso definido la orientación de las poblaciones que les habitan. Diversidad ecológica que se tradujo en diferentes formas

11. Sin embargo, el vínculo entre cada uno de los aspectos seleccionados de las actividades tradicionales y la historia de la región, es casi invisible en algunos textos que componen la obra. De modo que si se les retoma aisladamente, naturalmente dichos textos podrían correr el riesgo de aparecer como meras reseñas pintorescas.

de explotación del medio, pero modificables a lo largo del tiempo según los modelos productivos.¹² Así las monografías incluidas en el *Atlas* de la Huasteca y el semidesierto queretano dan cuenta de esas transformaciones desde un enfoque cercano a la ecología cultural y al materialismo cultural, de modo que a lo largo del volumen algunos autores reseñaron las características de algunas actividades que fueron dominantes en el pasado –como la pirotecnia de Xaltocan, la elaboración de morrales de zapupe en Tantoyuca, la cerámica de Chililico, o la elaboración de piloncillo en los trapiches–, mismas que hoy están en vías de desaparición y de las cuales sólo quedan rastros; sin embargo ofrecen coherencia a cierto conjunto de creencias contemporáneas. De esta manera, pese a tratarse de una obra colectiva, la concepción regional que animó toda la obra, logra proyectar espléndidamente su complejidad.

En sus páginas queda de manifiesto la relación con el medio a través de la intensa vida ritual que atraviesa a todas estas poblaciones y su influjo sobre el espacio. Ha sido fuerte la tentación por definir la región a partir de aspectos cosmológicos omnicomprendidos. De hecho, la introducción al *Atlas* se presenta justo así: “Consideraciones acerca de las ruinas del reino de Muxi”. Se trata nada menos que de una de las principales entidades divinas de la Huasteca, en la que se reconoce al Trueno Viejo, es decir, los vientos huracanados del mar Atlántico. Entre paréntesis, Julieta Valle vincula este “reino” de Muxi’ con el noreste mexicano, sugiriendo que tal es uno de los anclajes intelectivos de lo que puede enunciarse como “región”, aunque nunca lo plantea en esos términos. Esto a pesar de que el Trueno Viejo ha figurado como uno de los grandes referentes míticos y cosmológicos de los distintos grupos etnolingüísticos que habitan la Huasteca (empezando por los mismos tének como puso de manifiesto Anath Ariel de Vidas, 2003).

Para algunos el Trueno Viejo forma, junto con el Niño-maíz, ese nodo capaz de integrar la región –o regiones–, forjando el calendario agrícola, la organización social, el paisaje, y por supuesto la vida ritual.¹³ Se ha hablado de un (macro)complejo capaz de trascender las condicionantes geográficas, siendo probable que las diferencias entre grupos poblacionales no sean sino un eco de las diferencias fisiográficas que impone el tránsito sierra-costa a cada uno de sus habitantes. Seguir esta vía podría dibujar una estructura común a los distintos grupos etnolingüísticos, dependiente de las condicionantes geográficas y meteorológicas, y con ello otras formas de regionalización distintas a la que propone el *Atlas* (cfr. Trejo y Lazcarro *et al.*, en revisión). Y no es porque Julieta Valle, Diego Prieto y Beatriz Utrilla hubieran prescindido del paisaje en la comprensión de lo regional: ofrendas y peregrinaciones han forjado un antiguo paisaje ritual del que dan cuenta los diversos capítulos y reseñas que forman el *Atlas*. Un paisaje que todos recono-

12. Así, por ejemplo, el despoblamiento de las tierras bajas debido a las epidemias, y la expansión ganadera, así como la aparición de grandes cañaverales, todos los cuales se extendieron en detrimento de las selvas. La introducción de nuevos cultivos comerciales como el café o la naranja, y el repoblamiento de vastas planicies tras la reforma agraria y el reparto de tierras a pueblos que bajaron de las serranías.

13. Recordemos que el Niño-maíz, es el nombre con el que actualmente nahuas, totonacos, otomíes y tepehuas evocan al célebre *Dhipaak*, el Niño-maíz entre los tének, quien se convertirá en sol, siendo hijo de *Muxi*, el Trueno Viejo, su abuelo el huracán (Ochoa, 2003: 88-89)

cen compuesto de cuevas –donde los tének se destacan por el complejo potosino de *Ximo Xunco*–, cuerpos de agua –que forjarían la ritualidad otomí y tepehua– y cerros –que se supone, son especialidad de los nahuas–, marcadores espaciales y cosmológicos que se proyectan en la vida cotidiana, sea en la estructura de los altares o en las características constructivas de un hogar tradicional –por ejemplo entre los tének–. Los aspectos cosmológicos y rituales están bien documentados. Simplemente no son el eje de la regionalización. Si bien algunos de sus capítulos sugieren cierto tipo de especialización ritual étnica retomando diversas fuentes etnográficas, otro texto –“Reciprocidad y jerarquía en la tierra del Trueno (la Huasteca)” (Valle *et al.*, 2003b)– ofrece los ejes que permiten entender bajo qué criterio se pensó el paisaje en el *Atlas*. Dialogando con la tradición del materialismo cultural en la antropología, se plantea una división del trabajo ritual que distribuye saberes especializados en función de cada grupo etnolingüístico, un poco al modo de parcelas cosmológicas –tesis que ya había sido avanzada por María del Refugio Cabrera, aunque con ciertas diferencias (Cabrera, 1998: 16)–. A partir de ahí, dicho ensayo formula una organización tripartita del cosmos a la que subyace una *cosmovisión* común que permitiría cierta integración a nivel social en un contexto pluriétnico: “Así, la tríada inframundo (cuevas)-tének, cerros-náhuatl y agua-otomí/tepehua [...] pareciera [...] integrar de manera complementaria a estos grupos vecinos, dentro de una cosmovisión común que pone en juego dos de los principios nodales de la organización social indígena: la integración simétrica y la diferenciación” (Valle, 2003: 281-282). Queda de manifiesto así que será la etnicidad el principio estructural que dinamice al cosmos, mientras esa *cosmovisión* compartida sólo podrá ser fuente de diversidad merced a las diferencias étnicas. Al final, siempre está la etnicidad.

Si el eje etnicista relativamente atado a la lengua es cierto para con el *Atlas* de la Huasteca y el semidesierto queretano, lo es más tratándose del volumen *Los pueblos indígenas de Hidalgo. Atlas etnográfico*, coordinado por Lourdes Baez y su equipo.¹⁴ Desde los primeros párrafos introductorios a la obra se pondera: “Aun cuando el estado [de Hidalgo] ocupa uno por ciento del territorio nacional, la presencia indígena es significativa, ya que comprende alrededor del tres por ciento con respecto al resto del país” (Baez, 2012: 15). Los censos del INEGI se convierten en el referente de un área indígena y, más riesgoso aún, de las diferencias culturales: “Con una población indígena de 339 866 hablantes (CDI, 2002) de las tres lenguas que existen en el estado (náhuatl, otomí y tepehua), la diversidad cultural se plasma no sólo en sus expresiones materiales, sino en sus saberes” (*idem*).¹⁵ Más aún la diversidad cultural tiene ecos en las diferencias ecológicas, de modo que los coordinadores del volumen hidalguense asumen la existencia de tres regiones al interior del estado: el Valle del Mezquital,

14. Junto con Lourdes Baez, aparecen Gabriela Garret, David Pérez, Beatriz Moreno, Ulises Fierro y Milton Gabriel Hernández como coordinadores, todos ellos pertenecientes al *equipo regional Hidalgo*.

15. Dicho énfasis en la *tradición cultural* se afirma en función de la cultura material, la lengua y la cosmovisión “sustentada en panteones nativos” de origen “ancestral”. Sin embargo, al tiempo que los autores exaltan la “fidelidad” a ciertos rasgos, se pondera la capacidad de estas sociedades para “adaptarse” a formas culturales no indígenas.

“la menos favorecida en términos ecológicos”, habitada por otomíes o *ñähñu*; la Huasteca, “que destaca por la exuberancia del paisaje”, habitada en su mayoría por población nahua; y la franja oriental “considerada también Huasteca sur”, o bien “región otomí-tepehua o sierra de Tenango”, con mayoritaria población otomí y una minoría tepehua.

Pese a la insistencia en la diversidad cultural, nunca está claro de qué se trata, toda vez que la naturaleza de las diferencias y las similitudes jamás se problematizan. Desde las primeras páginas podemos leer, por ejemplo, que: “La población otomí se ha distinguido por materializar sus deidades mediante el recorte de papel, tradición que también conservan los grupos de la Huasteca” (Baez *et al.*, 2012: 18). Algo que también dificulta la comprensión de las diferencias entre regiones (o entre “culturas”).¹⁶ Y lo que puede tenerse por particular y distinto, termina por reconocerse como una generalidad: “Otro aspecto coincidente entre los indígenas hidalguenses, que no es privativo de estos grupos sino compartido por todos los pueblos de la tradición cultural mesoamericana, es la significación del entorno natural” (*idem*). El texto introductorio termina así, poniendo al lector frente a las generalidades mesoamericanas.

El principal foco de investigación en la obra son los pueblos otomíes (pese a que los nahuas conforman el 65.5% de los hablantes de una lengua indígena en el estado), para lo cual no se ofrece mayor justificación que: “es donde el proyecto ‘Etnografía de las regiones indígenas de México: equipo Hidalgo’ ha trabajado de manera sistemática desde 1999” (*ibid.*: 19). Resulta por ello un tanto paradójico advertir que en el capítulo introductorio “Hidalgo y sus regiones: una aproximación”, la autora refiere la evolución histórica del estado remitiéndose fundamental y únicamente al dominio de Tula, como cuna civilizatoria (nahua) que habrá de determinar todo desarrollo ulterior. Ni una mención a la cercana frontera chichimeca; ni siquiera una referencia a los señoríos otomíes de Jaltocan y de Jilotepec que entre los siglos XI y XVI dominaron gran parte del actual territorio hidalguense –pese a ser los mismos pueblos otomíes, los protagonistas de este volumen–, proyectando así una extraña desconexión entre un pasado histórico nahua y un presente etnográfico otomí. Vacío que por fortuna se subsana con diversos textos de carácter histórico, algunos espléndidos, entre los estudios básicos que forman la primera parte del *Atlas*, a cargo de Alonso Guerrero, Carmen Aguilera o Gabriela Garrett.

En términos generales la organización del volumen *Los pueblos indígenas de Hidalgo. Atlas etnográfico* no parece seguir un orden identificable. Alrededor de 36 investigadores participan con capítulos, reseñas y recuadros muy diversos –algunos autores de larga trayectoria académica y amplio reconocimiento como Jacques Galinier, James Dow, Doris Bartholomew, entre otros– que tocan en su gran mayoría temas relativos a la lingüística, la ritualidad y la cosmovisión. Sin embar-

16. “No obstante encontramos diferencias importantes entre las tres regiones, también observamos líneas de continuidad, sobre todo entre la población otomí de las dos regiones” (Baez *et al.*, 2012: 19), refiriéndose a la relevancia del Carnaval en ambos casos. Nótese que se asume la existencia de una misma población otomí y dos regiones distintas. Y que, en todo caso, esta continuidad no se debe a un proceso histórico sino a su “raigambre ancestral”.

go, no se advierte una propuesta global que integre o clarifique cuál es el criterio que se siguió para conformar el volumen, o los principios de orden metodológico que permitieron estudiar las regiones aludidas. Incluso cuando se aborda la Huasteca hidalguense en un quinto capítulo, los autores (Laura Rebeca Camacho y Sergio Eduardo Carrera) no pueden evitar sustraerse a esa tradición académica que asume la existencia de la región (la Huasteca) como un *a priori* de su reflexión, de modo que se limitan a tratar de describirla emprendiendo una apretada síntesis histórica que a momentos asume la forma de un pesado registro cronológico de eventos heteróclitos.¹⁷ Al parecer, todo el fundamento de la región Huasteca hidalguense recae en los dichos de un específico grupo de habitantes (las élites mestizo-criollas), que el *Atlas etnográfico* de Hidalgo parece hacer suyos, desde el título con que se encabeza este capítulo huasteco: “‘¡Aquí sí es Huasteca!’ Hechos y deshechos en la conformación territorial de la Huasteca hidalguense”, y que atribuye a todos sus pobladores “sin importar el origen étnico” (Camacho y Carrera, 2012: 77). Desliz discursivo, sintomático de toda la obra. Si bien los autores de este capítulo advierten el carácter “imaginario” de la región, es probable que antepongan anteojeras regionales, atribuyendo a tének, nahuas, otomíes, pames, tepehuas y totonacos, una presunta identificación regional, casi unitaria: “pese a que a algunos investigadores no les quede claro el imaginario llamado Huasteca por no tener límites definidos, la gente que la conforma sabe, reconoce y se identifica con ese espacio” (*ibid.*: 99). Evidentemente, las diferencias entre académicos hacen eco de las diferencias de orden etnográfico.

Al parecer, el empeño de los coordinadores de este volumen se volcó en conjuntar materiales de diversa índole, textos de orden histórico y etnográfico sobre los más variados temas teniendo como eje principal la pertenencia al estado de Hidalgo –y el referente lingüístico como soporte de etnicidad–.¹⁸ Tratándose de una obra miscelánea que busca mostrar la heterogénea diversidad cultural del estado, el *Atlas* logra su cometido. Desde el principio, Lourdes Baez nos advierte del “mosaico” que es el estado de Hidalgo –cuyas fronteras se imponen–, compuesto por “nueve regiones agrupadas con base en criterios sociales, ecológicos y económicos” (Baez *et al.*, 2012: 23), formuladas en principio por Beatriz Oliver *et al.* (2003: 111), quien en el ensayo “Cambios y tradiciones en el Valle del Mezquital” apela a la distribución etnolingüística y las actividades productivas dominantes, como soporte de cierta “homogeneidad cultural”, definitoria de su propuesta regional. Sin embargo pese a secundar esta regionalización, el *Atlas* hidalguense

17. La tarea encomendada claramente desborda a sus autores. Al pretender un acercamiento general y total, su intento se revela hasta cierto punto ingenuo, además de incurrir en ciertas pifias de orden histórico: “Si bien a lo largo de este recorrido por la historia de la Huasteca hidalguense se han omitido algunos nombres de personajes importantes y actores sociales trascendentes, se debe a que consideramos que la conformación de una región imaginaria, como es la Huasteca, no depende de las iniciativas particulares, sino de un conjunto de acciones por parte de la sociedad que la conforma” (Camacho y Carrera, 2012: 99).

18. Al menos en ciertos casos se postula que la afinidad lingüística habrá de ponerse en relación con las interacciones sociales como soporte de la etnicidad. Es el caso de los tepehuas de Huehuetla (en la sierra oriental hidalguense, la sierra otomí-tepehua) y de aquéllos que migraron a las tierras bajas, los tepehuas “huastecos” (ubicados en Ixhuatlán de Madero, Veracruz; o bien aquellos que se asentaron entre los totonacos de Pantepec, Puebla). Todos los cuales, merced a la afinidad lingüística y las relaciones sociales que sostienen “nos permiten afirmar que, en conjunto, constituyen un grupo etnolingüístico, un grupo social portador de una cultura y una misma lengua”, distintos de aquellos tepehuas ubicados al norte, tanto en Zontecomatlán como en Tlachichilco, Veracruz, con los que no tienen contacto alguno, mientras que la inteligibilidad lingüística es reducida (Heiras, 2012: 35).

no parece seguirla a lo largo de la obra. En su lugar, se van alternando textos de orden histórico y etnográfico, que a veces se presentan como “estudios básicos” y otras como “ensayos temáticos”, sin aclarar cuál sería la diferencia entre unos y otros.

Si bien el compendio carece de una propuesta global, acaso una reflexión sobre la cultura, la etnicidad y la historia frente al problema regional, en cambio la elección de los autores externos que participaron en la obra (algunos de ellos, reconocibles *autoridades* académicas), nos sugiere que los coordinadores del volumen privilegiaron la profundidad y complejidad de la mirada etnográfica que aquéllos pudieran aportar. Sin ser explícito, a través del volumen opera un encuadre culturalista que privilegió los aspectos más llamativos de la *cultura indígena* –como la ritualidad o la mitología– en detrimento de una perspectiva regional. No es extraño que, de 13 ensayos temáticos, nueve aborden temas relativos a la ritualidad y el simbolismo. Al final la aprehensión de lo *indígena* que exhibe el *Atlas* –como planteamiento general, no necesariamente atribuible a todos sus autores– pasa por su correspondencia con la cosmovisión mesoamericana y sus diferencias internas, debidas más a la geografía que a algún proceso regional subyacente.

Con esa perspectiva general a cuestas, el *Atlas* de Hidalgo se plantea como objetivo: “ofrecer un panorama amplio de lo que son las tradiciones culturales indígenas más relevantes y representativas que se manifiestan en la vida cotidiana, en el trabajo en el campo, en su vida ritual, en sus saberes del mundo y en sus mitos, incluso trascendiendo las fronteras nacionales, porque la migración se ha convertido, para algunas sociedades, en actividad común” (Baez *et al.*, 2012: 19). Y en estos términos, la “revalorización” de los grupos indígenas se revela como uno de los ejes que ciertamente enmarcan a todo el proyecto etnográfico. El objetivo de revalorar lo indígena propuesto en el *Atlas* hidalguense, coincide con el *Atlas* coordinado por Valle, Prieto y Utrilla donde también se apuesta por la “revaloración de la *indianidad*, de la *cultura* y los *saberes*”.

Empeño loable ciertamente. Sin embargo esa defensa de la diversidad, en algunos casos termina diluyéndose en la exaltación de la etnicidad, e incluso del exotismo que pueda sustentarse en la ritualidad o en sus artesanías. Al final nos encontramos con que en las dos obras hasta aquí discutidas, la lengua sigue operando como un criterio de identificación relevante de lo indígena, a pesar de que en el caso del *Atlas etnográfico* para los pueblos indígenas de la Huasteca y el semidesierto queretano, los mismos autores advierten el principio de autoadscripción como algo válido. En los hechos tenemos entonces mosaicos plurilingües que evolucionan hacia lo multiétnico de manera un tanto subrepticia. Todo lo cual no deja de ser un tanto contradictorio, sobre todo si contrastamos esta obra con lo expuesto por el mismo equipo de Julieta Valle en otro de sus ensayos: “Fuimos campesinos...somos macehuales. Aristas de las identidades étnicas en la Huasteca” (Valle *et al.*, 2005). Tengamos en cuenta primero el carácter didáctico del *Atlas etnográfico* como obra de divulgación frente a los ensayos etnográficos que se proyectan como textos más especializados y de mayor profundidad reflexiva. Con todo, en aquel ensayo se advierten

los mismos deslices en torno a la identificación de los actores regionales como pertenecientes a un colectivo determinado. En sus páginas los autores advierten, echando mano de datos históricos y contemporáneos, del decenio de los setenta al presente, que los habitantes de la región han modificado su adscripción como resultado de distintos procesos: organizaciones guerrilleras y campesinas, migración, educación escolarizada, entre otros factores. Y sin embargo la argumentación se topa con su propio límite epistémico al considerar que más allá de los relativismos, la condición étnica es una pertenencia o realidad existente en sí misma. De modo que las poblaciones “indígenas” pueden dejar de serlo en la medida en que abandonan una serie de elementos clave (especialmente la lengua y la *cosmovisión*).

Como es común en la antropología mexicana, el objeto de estudio (la construcción o producción de lo étnico) se vuelve parte de la argumentación de los especialistas, que aun cuando sean capaces de advertir el influjo histórico de ciertos discursos de Estado –de raigambre colonial, podríamos decir–, terminan siendo contagiados, absorbidos, por su *estadística* –¿pues qué son los censos sino un discurso de Estado?–, acudiendo a los mismos mecanismos de distinción con los que históricamente se ha edificado y clasificado, a la sociedad mexicana, oponiendo indígenas a mestizos, por ejemplo. En este caso, como parte de las dinámicas de pertenencia y distinción estudiadas, el ensayo “Fuimos campesinos...” se aboca a la revisión de algunos de los modos en que a nivel regional, la clase (el ser “campesino”), o la condición económica (el ser “pobre”), se entrecruzan con la filiación étnica. Adscripción frente a la cual se define por contraste a los “mestizos” (adinerados, propietarios, urbanos). Finalmente esta lente etnicista al proyectarse sobre el espacio, desdobra *lo indígena* en una *región indígena*. Pese a la cautela que los autores demuestran frente a la *región* como frontera, no parece haber sido la misma en lo referente a las identidades étnicas, ni al compromiso epistémico con *lo indígena*.

Si bien como se dijo ya, el *Atlas* de la Huasteca y el semidesierto queretano destina varios capítulos a las transformaciones ligadas a los procesos de modernización, migración y cambio religioso, los coordinadores de la obra no parecen estar dispuestos a soltar esa tierra firme que son las identidades étnicas –como se vio en el caso de esa especialización religiosa, fincada en una común cosmovisión–, de modo que, pese a todo, los *indígenas* de la región persisten gracias a su indianidad. Algo ya previsto en el caso del ensayo “Fuimos campesinos... somos macehuales” (Valle *et al.*, 2005) donde al final, los autores analizan las formas y procesos vinculados a la renuncia y afirmación política de la adscripción étnica. Con todo, pese a la mirada crítica con respecto a las configuraciones étnicas, se advierte que éste es uno de los límites analíticos de los autores (y del mismo Proyecto Nacional de Etnografía): el presupuesto, nunca puesto en duda, de que la adscripción más amplia de estas poblaciones corresponde a la frontera lingüística. Existe una entidad analítica como “los otomíes” distinta a “los pames” o “los nahuas”. Ello a pesar de que los autores leen los procesos analizados con los lentes de la adscripción étnica, y de la innegable ri-

queza de los datos de campo recabados, que justamente cuestionan estas entidades y demuestran que el sistema de identificaciones es sumamente dinámico. Quizá la *región* asumida antes que problematizada, visible en algunos ensayos, no sea sino el correlato epistémico del enfoque etnicista (indigenista, lingüístico) patente en otros textos. Todo lo cual quizá dificulte advertir la dimensión relacional, histórica, de ambas dimensiones: la región comprende dinámicas interétnicas; la etnicidad apunta a procesos regionales.

Bibliografía

- Ariel de Vidas, Anath (2009). *Huastecos a pesar de todo. Breve historia del origen de las comunidades teenek (huastecas) de Tantoyuca, norte de Veracruz*. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. Recuperado de: <<http://books.openedition.org/cemca/355>>.
- _____ (2003). *El trueno ya no vive aquí. Representación de la marginalidad y construcción de la identidad teenek (Huasteca veracruzana, México)*. México: CIESAS / CEMCA / El Colegio de San Luis / Institut de Recherche pour le Développement.
- Baez, Lourdes, Garrett, Gabriela, Pérez, David, Moreno, Beatriz, Fierro, Ulises y Hernández, Milton (coords.) (2012). *Los pueblos indígenas de Hidalgo. Atlas etnográfico*. México: INAH / Gobierno del Estado de Hidalgo / Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo.
- Cabrera, María del Refugio (1998). *Fiestas de la Huasteca* (Tesis de Maestría en Antropología). Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Camacho, Laura y Carrera, Eduardo (2012). "Aquí sí es Huasteca'. Hechos y deshechos de la conformación territorial de la Huasteca hidalguense". En Lourdes Baez et al. (coords.). *Los pueblos indígenas de Hidalgo: Atlas etnográfico* (pp. 77-99). México: INAH / Gobierno del Estado de Hidalgo / Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo.
- Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (2006). Enrique Serrano (coord.). *Regiones Indígenas de México*. México: CDI / PNUD.
- Escobar Ohmstede, Antonio (1998). *Ciento cincuenta años de historia de la Huasteca*. Xalapa: Instituto Veracruzano de Cultura.
- Ferro Vidal, Luis (2012). "Chichimecas jonaz". En Julieta Valle, Beatriz Utrilla y Diego Prieto (coords.). *Los pueblos indígenas de la Huasteca y el semidesierto queretano* (pp. 129-142). México: INAH / INALI / Universidad Autónoma de Querétaro / Instituto Queretano de Cultura y las Artes.
- Galinier, Jacques (1990). *Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*. México: UNAM / INI.
- Gatti, Luis María y Chenaut, Victoria (coords.) (1987). *La costa totonaca. Cuestiones regionales*. México: CIESAS [Cuadernos de la Casa Chata].
- Gómez, Arturo (2002). *Tlanetokilli: La espiritualidad de los nahuas chicontepecanos*. Veracruz: Instituto Veracruzano de la Cultura.
- Heiras Rodríguez, Carlos (2006). *Ritual, mito y lengua. Identidades etnolingüísticas otomí oriental y tepehua suoriental* (Tesis de licenciatura en Etnohistoria). Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Hernández Alvarado, José y Valle, Julieta (2012). "Huastecos o teenek". En Julieta Valle, Beatriz Utrilla y Diego Prieto (coords.). *Los pueblos indígenas de la Huasteca y el semidesierto queretano. Atlas etnográfico* (pp. 77-92). México: INAH / INALI / Universidad Autónoma de Querétaro / Instituto Queretano de Cultura y las Artes.

- Kourí, Emilio (2002). "El comercio de exportación en Tuxpan, 1870-1900". En Antonio Escobar y Luz Carregha (coords.). *El siglo XIX en las Huastecas*. México: CIESAS / El Colegio de San Luis.
- Masferrer, Elio, Mondragón, Jaime y Vences, Georgina (2010). *Los pueblos indígenas de Puebla: Atlas etnográfico*. México: Gobierno del Estado de Puebla / INAH.
- Meade, Joaquín (1952). "Historia prehispánica de la Huasteca". *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. *Huastecos, totonacos y sus vecinos. V Mesa Redonda Sociedad Mexicana de Antropología*, XIII(2-3), pp. 291-302.
- Ochoa Salas, Lorenzo (coord.) (1989). *Huastecos y totonacos. Una antología histórico-cultural*. México: Conaculta.
- _____ (1979). *Historia prehispánica de la Huasteca*. México: UNAM.
- Ochoa Peralta, Ángela (2003). "Significado de algunos nombres de deidad y de lugar sagrado entre los teenek potosinos". *Estudios de Cultura Maya*, 23, pp. 73-94.
- Oliver, Beatriz, Moreno, Beatriz y Muñoz, Susana (2003). "Cambios y tradiciones. Estructura comunitaria y transformaciones sociales en el Valle del Mezquital". En Millán, Saúl y Julieta Valle (coords.). *La comunidad sin límites: la estructura social y comunitaria de los pueblos indígenas de México* (vol. III, pp. 103-142). México: Conaculta / INAH [Serie Etnografía de las Regiones Indígenas de México].
- Powell, Philip W. (1977) [1975]. *La guerra chichimeca 1550-1600*. México: FCE / SEP.
- Prieto, Diego y Utrilla, Beatriz (2012). "Amalgama de culturas: la región chichimeca otomí del semidesierto de Querétaro y Guanajuato". En Julieta Valle, Beatriz Utrilla y Diego Prieto (coords.). *Los pueblos indígenas de la Huasteca y el semidesierto queretano. Atlas etnográfico* (pp. 51-76). México: INAH / INALI / Universidad Autónoma de Querétaro / Instituto Queretano de Cultura y las Artes.
- Sandstrom, Alan (2000). "Contemporary Cultures of the Gulf Coast". *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, 6, pp. 83-119.
- _____ y Sandstrom, Pamela. E. (1986). *Traditional papermaking and paper cult figures of Mexico*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Sevilla, Amparo (coord.) (2000). *Cuerpos de maíz: danzas agrícolas de la Huasteca*. México: Conaculta / Programa de Desarrollo Cultural de la Huasteca.
- Soustelle, Jacques (1993). *La familia otomí-pame del México central*. México: FCE / CEMCA.
- Stresser-Péan, Guy (2011). *El Sol-Dios y Cristo. La cristianización de los indios de México vista desde la Sierra Norte de Puebla*. México: FCE / Conaculta / CEMCA / Embajada de Francia en México.
- Trejo, Leopoldo y Lazcarro, Israel (coords.), Guerrero, Claudia, González, Mauricio, Munguía, Karina y Sampayo, Antonio. "Donde habita el ciclón. Saberes indígenas y defensa territorial en la huasteca meridional" (en revisión).
- Trejo Barrientos, Leopoldo et al. (2014). *Sonata ritual. Cuerpo, cosmos y envidia en la Huasteca meridional*. México: INAH.
- Utrilla, Sarmiento y Heiras, Carlos (2012). "Los otomíes: ñöñhö y ñäñhö". En Julieta Valle, Beatriz Utrilla y Diego Prieto (coords.). *Los pueblos indígenas de la Huasteca y el semidesierto queretano. Atlas etnográfico*

- co (pp.109-128, 2012). México: INAH / INALI / Universidad Autónoma de Querétaro / Instituto Queretano de Cultura y las Artes.
- Valle, Julieta (2003a). "Hijos de la lluvia, exorcistas del huracán: el territorio en las representaciones y las prácticas de los indios de la Huasteca". En Alicia Barabas (coord.). *Diálogos con el territorio. Simbolizaciones sobre el espacio en las culturas indígenas de México* (vol. II, pp. 161-219). México: INAH [Serie Etnografía de las Regiones Indígenas de México].
- _____ (2003b). "Reciprocidad, jerarquía y comunidad en la tierra del trueno (Huasteca)". En Saúl Millán y Julieta Valle (coords.). *La comunidad sin límites. Estructura social y organización comunitaria en las regiones indígenas de México* (vol. III, pp. 211-324). México: INAH. [Serie Etnografía de las Regiones Indígenas de México].
- Valle, Julieta et al. (2005). "Fuimos campesinos, somos macehuales. Aristas de las identidades étnicas en la Huasteca". Miguel Bartolomé (coord.). *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual* (vol. IV, pp. 59-130). México: INAH.
- Valle, Julieta, Utrilla, Beatriz y Diego Prieto (2012). *Los pueblos indígenas de la Huasteca y el semidesierto queretano. Atlas etnográfico*. México: INAH / INALI / Universidad Autónoma de Querétaro / Instituto Queretano de Cultura y las Artes.
- Van Young, Eric (1987). "Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas". *Anuario IEHS*, 2, pp. 255-281.